conoce al hombre, nada se sabe de su carácter, de susaptitudes, de sus inclinaciones; se ha elegido éste y nootro, porque su apellido es familiar; si hubiera de prestársele un viejo cacharro, se informarían ciertamente de las ventajas que reunía respecto á los demás; en cambio se le confían los más altos intereses del Estado, los propios del elector, por consecuencia, sin que éste sepanada de aquél, sino que le ha sido recomendado por una comisión, cuyos miembros son frecuentemente también desconocidos del elector tanto como el mismo candidato. Y aquél no protestará contra la opresión, pues el candidato es sólo uno.

Un ciudadano que toma en serio sus derechos constitucionales y quiere examinar de cerca al hombre á quien debe entregar sus plenos y más importantes poderes, bien puede resistir á la tiranía de una comisión que le imponga un representante insuficientemente conocido. Sus escrúpulos serán infaliblemente ahogados entre las oleadas de la multitud rutinaria. Y él, ¿qué podrá hacer? Puede, el día del voto, quedarse en casa,... abstenerse de votar, ó bien hacerlo por el candidato de su propia elección. Que haga lo uno ó lo otro, esto no le ha de ser de la menor utilidad. Llegará siempre á diputado aquel por quien vote la gran masa de gentes irreflexivas, indiferentes ó atemorizadas, y esta masa proclama siempre el nombre por el que se ha trabajado con más violencia, ruido y perseverancia. Sin duda en teoría, cada ciudadano es libre para recomendar su propio candidato, moverse por él y crearle un partido; pero en la práctica, aquel que se limita á publicar las excelentes cualidades de un pretendiente, encuentra con más dificultad aliados que el que promete ventajas de todogénero; además, el ciudadano que ejerciendo sus derechos políticos busca concienzudamente el bien del Estado, tendrá siempre desventaja respecto á un grupo de políticos de profesión que hacen de la vida pública un campo de explotación en regla.

He ahí la fisiología de las elecciones de todos los Cuerpos representativos. El elegido debía ser el hombre de confianza de la mayoría; mas no es sino el hombre de confianza de una minoria frecuentemente muy debil; pero que está organizada, en tanto que la mayoría de los electores pierden por su falta de cohesión la fuerza que da el número. Además, la primera puede imponer su voluntad á la segunda. El acta debe recaer en el más prudente y sabio entre los ciudadanos; sin embargo, recae en aquel que demuestra mayor atrevimiento y osadía. Para un candidato, la educación, la experiencia, el carácter, la conciencia, la superioridad intelectual, son cualidades poco esenciales; no le perjudican, pero tampoco le sirven de manera alguna en la lucha política. Lo que le hace alcanzar constantemente el triunfo, es tener una buena opinión de sí mismo, audacia, fácil palabra y trivialidad en sus discursos. En el caso más afortunado, el candidato puede ser un hombre honrado y habil; pero no podrá jamás ser de una naturaleza elevada, delicado y modesto. Esto explica por qué en los Cuerpos representativos los talentos no son raros, en tanto que los caracteres son sumamente escasos.

Gracias á promesas mentirosas, á bajezas sin cuento, á una jactancia impudente, á declamaciones triviales y al apoyo de compadres, el político de profesión ha obtenido el acta ambicionada. ¿Cómo cumple su misión? Es una potente individualidad ó un hombre ordinario. En el primer caso, formará un partido; en el segundo, se unirá á un partido existente.

La cualidad que hace al jefe de partido, es la voluntad. Este es un don que nada tiene de común con la inteligencia, la fantasía, la previsión, la grandeza de alma. Una voluntad poderosa puede muy bien əstar unida con la poquedad de espíritu, la bajeza de sentimientos, la deslealtad, el egoismo y la ruindad; es una fuerza orgánica que puede poseer un malvado, como el hombre más insignificante ó el más corrompido puede tener una gran estatura y una gran fuerza muscular. El que pueda contar aquellas entre sus cualidades, el hombre que posea la voluntad más poderosa, será necesariamente el primero en una asamblea, el jefe y el amo. Aplastará siempre la voluntad más debil que se oponga á la suya; esta será constantemente la lucha entre la vasija de barro y la de hierro. Una gran inteligencia puede dominar á una fuerte voluntad. ¿Mas cómo? No en lucha abierta, sino colocándose en apariencia bajo su mando y sugiriéndole diestramente sus propias inspiraciones, and to superiodinatence restricts board

El más poderoso aliado de la voluntad en el parlamento es la elocuencia. Esta es también una aptitud natural absolutamente distinta del desarrollo del espíritu y del carácter. Suele ocurrir que un gran hombre como pensador, poeta, general ó legislador no sepa por esto pronunciar un discurso de efecto; por otra parte se puede poseer el don de la palabra y tener una inteligencia completamente vulgar. La historia de los parlamentos habla poco de grandes oradores que hayan ensanchado el horizonte intelectual de la Humanidad. Las más célebres improvisaciones que en los debates históricos han motivado grandes conflictos, procurando á su autor gloria y poder, causaron, al leerlas, una deplorable impresión, extrañando cómo aquel discurso pudo ejercer ac-

ción tan incomprensible. La palabra razonada no es la que se escucha más favorablemente en las grandes asambleas; es la pronunciada con mayor énfasis. El argumento más lumimoso y el más evidente presentado sin una larga preparación y sin frecuentes repeticiones ante un gran número de auditores, tiene muy poca probabilidad de arrebatarlos. Sucede muy frecuentemente, por el contrario, que estos mismos auditores obedezcan ciegamente á declamaciones insensatas, y tomen con una precipitación casi irresponsable, resoluciones que más tarde ellos no se pueden explicar al reflexionarlo á sangre fría.

Si el jefe del partido reune á una fuerte voluntad el talento oratorio, juega el primer papel sobre la escena pública. Si, por el contrario, no posee el don de la elocuencia, se coloca como un director de escena en el teatro y dirige, invisible al público, pero lleno de autoridad respecto á los actores, toda la marcha de la comedia parlamentaria. Tiene oradores que hablen por él, esí como en muchos casos posee inteligencias elevadas, pero tímidas é irresolutas, que piensen por él.

El instrumento con ayuda del cual ejerce su poder el jefe, es naturalmente su «partido». ¿Qué es éste, que es un partido parlamentario? en teoría debería ser una asociación de hombres que unieran sus fuerzas para traducir puntos de vista comunes en leyes que regularan la vida política. En la práctica no hay ni un solo gran partido, especialmente un partido dominante ó apto para gobernar que subsista por tener un programa como lazo único. Se llegan á formar pequeños grupos de diez personas, de veinte á lo más, que estén unidos por la igualdad de su manera de ver la vida pública; pero los grandes partidos no se forman jamás sino bajo la in-

fluencia de la ambición, del egoismo y de la fuerza de atracción de una personalidad superior.

Los hombres se dividen lógicamente en dos clases; la una está organizada en tal torma, que no puede sufrir ninguna dominación, ó lo que es igual, que en el orden actual de cosas, como ya he dicho más arriba, ella debe por sí misma dominar; la otra clase, por el contrario, ha nacido para la obediencia, porque se encuentra en la imposibilidad de tomar canstantemente resoluciones, de ejercer actos de la voluntad, así como de aceptar la responsabilidad de todas las consecuencias de sus actos, responsabilidad que es el complemento indispensable de la libertad y de la independencia.

La primera clase forma naturalmente una pequeña minoría respecto á la otra. Tan pronto como un hombre que no aspira sino á obedecer, se encuentra en presencia de otro dotado de voluntad y de autoridad, se inclina ante él y entrega con placer y solamente entre sus manos la dirección de sus actos y la responsabilidad consiguiente. Estos hombres obedientes se hallan con frecuencia en estado de ejecutar con gran fuerza, con habilidad y perseverancia, y hasta haciendo verdaderos sacrificios, la tarea que una voluntad extraña les impone. Pero el impulso ha de venirles enteramente de esta voluntad. Ellos tienen todos los dones; no les falta sino el de la iniciativa, palabra que no es otra en el fondo que un sinonimo de voluntad. Estos hombres se apresuran á entrar al servicio de un jefe en cuanto lo encuentran. Reconocen que él es un poder y colocan voluntariamente las fuerzas propias aisledas á su disposición, porque sienten que aquél los conducirá á la victoria y al botin.

Todas las funciones esenciales del sistema parlamen-

tario son ejercidas únicamente por los jefes de los partidos. Ellos son los que deciden, los que luchan y los que triunfan. Las sesiones públicas son representaciones sin importancia; se pronuncian discursos á fin de que no desaparezca por completo la ficción del parlamento. Pero muy raramente es un discurso el que motiva una importante resolución política. Los discursos sirven para dar al orador notoriedad é importancia, pero, en regla general, aquéllos no tienen la menor influencia sobre las acciones, es decir, sobre los votos de los diputados. Estos votos son determinados fuera del salón de sesiones, y están regulados por la voluntad del jefe, los intereses y la vanidad de cada diputado, y muy rara vez, y sólo en las cuestiones importantes pura y simplemente circunscriptas, por la presión de la opinión pública. Cuanto se diga del curso de los debates es por completo indiferente para su término; se podían suprimir en absoluto las discusiones, y limitarse á someter á la prueba decisiva de una votación las resoluciones tomadas por los partidos, conforme á la voluntad de sus jefes.

La caída desde las esferas del poder, de un jefe de partido, no es causada por las faltas que haya podido cometer en el ejercicio del Gobierno, y que no sirven jamás sino de pretextos á los ataques dirigidos contra él; su desgracia es debida, ó á un adversario más poderoso que él ó á la deserción de mercenarios, á los cuales el vencedor no ha querido ó no ha podido satisfacer su voracidad, ó bien todavía, á estas dos causas reunidas. Un cambio de Ministerio, aunque haga pasar el poder de manos de un partido á las de otro radicalmente opuesto, no varía, absolutamente en nada, los procedimientos interiores de la vida política. Las relaciones del individuo con el Estado, continúan siendo las mis-

más; el ciudadano no tiene necesidad de saber, si no lecalgún diario, que un nuevo Gabinete y un nuevo partidose han encargado del gobierno de la nación; las palabras liberal y conservador son simples caretas para la ambición y el egoísmo, verdaderos móviles de todas lasluchas, de todas las alteraciones parlamentarias.

He aquí cuánta es la potencia y multiplicidad de la mentira política en nuestra época. En muchos países el parlamento no es sino la mampara, detrás de la cual cómodamente goza del poder el absolutismo de la monarquía por la gracia de Dios. Allí donde el parlamento es una realidad, donde reina y gobierna de hecho, no significa otra cosa que la dictadura de algunas personalidades que alternativamente se apoderan del gobierno de la nación. Teóricamente el parlamento debe asegurar á la mayoría una influencia preponderante; en realidad, el poder descansa en manos de media docena de jefes de partidos, de sus consejeros y compadres. En teoría, las convicciones deben formarse por los argumentos que los debates parlamentarios producen en los días de las grandes discusiones; en la práctica, aquéllas no son influídas de manera alguna por los debates; son determinadas por la voluntad de los jefes y por consideraciones de intereses privados. En teoría los diputados deben no tener delante de sus ojos, sino el bien de la nación; lejos de ser así aquéllos cuidan ante todo de sus propios intereses y de los de sus amigos. En teoría los diputados deben ser los mejores y los más sabios y prudentes entre los ciudadanos; en realidad son los más ambiciosos, los más osados, los más violentos. En teoria votar por un candidato indica que el elector lo conoce y tiene confianza en él; en la práctica el elector vota por un hombre, del cual muy frecuentemente no sabe sino que un grupo de alborotadores le ha repetido su nombre durante dos semanas. Las fuerzas que en teoría deben mover la máquina parlamentaria son la experiencia, la previsión, el desinterés; en los hechos aquéllas se reducen á una enérgica voluntad, al egoísmo y á la elocuencia. Un gran talento y un noble carácter sucumben bajo una diestra charlatanería y una constante audacia; la dirección de los parlamentos corresponde, no á la sabiduría y prudencia, sino á una individualidad obstinada y tenaz, y á una palabra altisonante. El simple ciudadano no alcanza ni una migaja del derecho de soberanía de los pueblos, de cuyo derecho el parlamento es la sanción.

Mi pobre Juan debe, pues, obedecer, pagar las contribuciones, destrozarse los codos contra las mil barreras absurdas que existen hoy lo mismo que antes; el parlamento con todo su tumulto y sus agitaciones no representa para él más que un hecho sensible cuando el día del voto fatiga sus piernas para acercarse á la urna, ó cuando lee en un periódico el sinnúmero de artículos referentes á las discusiones, de ordinario enojosas y en detrimento de otras materias más recreativas.